



José Ramón Menéndez de Luarca

El Camino de Santiago como Paisaje Cultural

**“Ahí te tengo nihilista! Permanecer sentado
Es precisamente el pecado contra el Espíritu
Santo. Sólo los pensamientos que os sobre-
vengan al andar tienen valor”.**

F. Nietzsche El crepúsculo de los dioses



Resumen

El Camino de Santiago constituye un peculiar ejemplo de paisaje cultural, caracterizado por una extensión continental, cruza gran parte de la Península Ibérica y se ramifica por Europa, y una perduración milenaria. Ante tal diversidad espacial y cultural sus rasgos definitorios se encuentran en la peculiaridad del hecho peregrinatorio como modo de percepción del paisaje.

En primer lugar, se hace énfasis en el carácter de pura invención intelectual en el proceso de fundación y difusión del camino. Una construcción simbólica que da lugar a una iconografía de gran atractivo popular en el transcurrir de la historia. En segundo lugar, la práctica del peregrinaje como inmersión directa del hombre en la naturaleza, es un hecho ligado al despertar ecológico, pero que enlaza con tradiciones ancestrales como es la de la hospitalidad.

En tercer lugar, el ejercicio de recorrer a pie grandes extensiones supone una ruptura con la tendencia a la velocidad propia de la modernidad, y el redescubrimiento de la lentitud con todo lo que significa de atención al detalle. Una consecuencia de ese modo de desplazamiento es la de la insignificancia de la senda frente al impacto de las infraestructuras. El caminante sigue las huellas y con ello penetra en la esencia del signo y el sentido.

El sentido del camino, en la dirección Este Oeste, hacia el ocaso y el Finisterre europeo, además de su carga simbólica por analogía con la vida humana, sirve de ligazón en la diversidad regional de culturas de la Península Ibérica, que se desarrolló principalmente en la dirección Norte Sur a lo largo de las rutas ganaderas de trashumancia.

Por lo que respecta a la gran profundidad temporal del camino, se manifiesta en la continua estratificación de culturas patente en la construcción de su paisaje.

El caminar pausado permite la atención a la multiplicidad de temas presentes en el paisaje. Configuración geológica, vegetación y con formación agrícola, arquitectura popular y monumental, el urbanismo del camino, gastronomía, tradiciones populares etc. Toda esa riqueza de contenidos explica el sorprendente éxito actual del camino, que arrastra y entusiasma a cientos de miles de caminantes atraídos por muy diversas motivaciones, al tiempo que su dimensión de integración europea ha impulsado la incorporación de los poderes públicos en su promoción.

El Camino de Santiago como Paisaje Cultural

El título que se me ha propuesto para la presente exposición implica una cierta dificultad. En efecto, si normalmente entendemos por paisaje un territorio percibido con unos rasgos que le dotan de cierta identidad, y como paisaje cultural aquel en el que los aspectos de cultura o artificio priman sobre los de carácter natural, nos es muy difícil atribuir alguna de esas definiciones a un hecho tan complejo y desmesurado como es el Camino de Santiago. Téngase en cuenta que la longitud del tronco hispánico principal del camino, desde Jaca y Roncesvalles a Santiago de Compostela, se aproxima al millar de kilómetros, y que en tierras francesas se ramifica en cuatro brazos principales: las vías tolosana (Tolosa), podense (Pau), limosina (Limoges) y turonense (Tours), desde cuyas cabeceras: Arlés, Le Puy, Vezelay y París, parte una red difusa que abarcan todo el ámbito europeo.

La misma dificultad nos asalta si contemplamos al Camino de Santiago desde la óptica temporal, ya que se trata de un fenómeno de inusitada perduración, con más de un milenio de vigencia, en el que ha experimentado notables altibajos, que pasan de un carácter multitudinario en época medieval, hasta la

práctica desaparición a lo largo del siglo XIX, para volver a renacer como movimiento de masas en la actualidad. En tan prolongado transcurso de tiempo se ha dado lugar a que se fueran superponiendo las aportaciones de múltiples etapas culturales. Por todo ello, resultaría más apropiado que hablar de paisaje cultural, el considerar el Camino de Santiago como un modo, una cultura, de percepción del paisaje. **¿Pero cuáles son esos rasgos propios del Camino, con mayúsculas, que le han permitido lograr esa inusitada difusión geográfica y perduración temporal?**

El primer rasgo peculiar del origen de las peregrinaciones jacobeanas, que quizás explique su perduración por encima de las cambiantes circunstancias de la historia, estriba en su carácter de signo, de invención intelectual, desprovista de soporte material alguno, hoy diríamos su carácter eminentemente virtual; un hecho que la distingue de las otras dos grandes rutas de la



peregrinación europea, cuyo destino: Roma y Jerusalén, eran lugares de gran raigambre histórica, política y religiosa, y que, sin embargo, pronto fueron superadas por el hecho jacobeo. Como veremos, el carácter de “invención”, así se denominó originariamente el descubrimiento de la tumba de Santiago, afecta tanto a su inicio como a las razones en las que basó su difusión europea.

En un ambiente de afirmación del incipiente reino asturiano, en los albores de La reconquista, se produce a principios Del siglo IX la “invención” de la tumba de Santiago en Compostela, un lugar deshabitado del finisterre europeo. Una ocurrencia inverosímil, si se tiene en cuenta que se conocía que el apóstol había sido decapitado en Jerusalén; dificultad que la tradición resuelve de una manera aún más inverosímil, apelando a la traslación milagrosa en una barca de piedra hasta la costa atlántica gallega.

El carácter de pura construcción intelectual se sublima en la en la poética reelaboración del topónimo Compostela, con la falsa acepción de Campus Stella, lugar de la estrella, que supuestamente habría marcado el lugar de la tumba. Una conexión estelar que pronto se conectó con la identificación de la dirección este oeste de la Vía Láctea como señalización del itinerario que conduce a la tumba, de forma que en la denominación popular, la propia galaxia cambia su nombre latino por el de Camino de Santiago, lo que viene a dotarlo de una significación cósmica, por encima de cualquier circunstancia terrena.

El mismo carácter de construcción intelectual que fija el destino de nuestro camino se repite en la razón prestigiosa que justificó su enorme difusión europea. Si con la invención de la tumba se trataba de legitimar la vigencia de un Estado cristiano hispánico frente al dominante califato islámico, la orden monástica de Cluny, los monjes negros, va a utilizar más de dos siglos más tarde, en el siglo XI, la peregrinación jacobea como bandera de enganche de una estrategia de ámbito mucho más amplio, la de reunificación cultural europea frente al Islam, en la época de las cruzadas. Para dicho cometido se acudió a la figura histórica, revestida de tintes míticos de Carlomagno, el fundador del Sacro Imperio Romano Germánico, contemporáneo de la época de la “invención” del sepulcro jacobeo. Con dicho objeto se apela a una tradición, totalmente irreal, en la que Carlomagno libera el sepulcro de Santiago de los moros en una cruzada “avant la lettre”.

En ese contexto de invención se transforma la muerte histórica de Roldán en Roncesvalles a manos de los vascos, por una muerte legendaria en la cruzada frente al infiel. Una tradición que incorpora la figura del caballero Roldán a la iconología jacobea.



Fig 2: La Tumba de Santiago



Fig 3 La Catedral de Santiago en la fiesta del Jubileo



Fig 4: Santiago Peregrino a caballo



Fig 5: Santiago Matamoros

Esta ligazón de cruzada y peregrinación va a convertir, no solo a Roldán, si no al propio Santiago peregrino en un inverosímil caballero cruzado que dirige a las huestes hispánicas en la lucha de la reconquista, una identificación que ha dado lugar la popularmente difundida imagen de Santiago matamoros, caballero de un corcel blanco. Una imagen que recientemente, ante la difusión de los dictados de corrección política, se ha procedido a retirar de varias iglesias españolas.

El libre desligamiento de lo real que hemos observado en los dos puntos anteriores se repite en el tercero y más esencial de los rasgos propios del Camino, el hecho peregrinatorio en sí.

Peregrino etimológicamente significa que deambula “per ager”, por el campo, es decir el hombre expuesto a las inclemencias de la naturaleza al estar desprovisto del cobijo de la ciudad o de la sociedad, de ahí que en latín peregrino significa el extranjero, el desarraigado, el extraño. Es un concepto que en el cristianismo reinterpreta como consustancial de la condición humana, en una vida terrenal considerada como camino por un mundo hostil. La condición de desvalimiento, propia del peregrino, hace necesaria la aparición de una institución protectora, la del hospedaje. Así la virtud de la hospitalidad constituye una de las bases de todas las sociedades antiguas. La hospitalidad se practica en los lugares habitados, estaciones de descanso habitual del caminante, pero especialmente en los lugares apartados más peligrosos, por tratarse de una naturaleza hostil, o por la amenaza de los bandidos, como son las zonas desérticas o los pasos de montaña, lugares en los que desde los primeros tiempos se dispusieron hospitales para la acogida del peregrino. Ejemplos señeros son los célebres hospitales de Roncesvalles y Santa Cristina de Somport en los pasos pirináticos. Entiéndase aquí hospital en su sentido primitivo de lugar de hospitalidad, con independencia de su posterior significado de asistencia sanitaria.

El último rasgo definitorio, que el Camino es un lugar para caminar, aunque se presente como una obviedad rayana en la tautología, no deja de tener importantes consecuencias. El reto del Camino de Santiago de caminar por un largo recorrido, atravesando países extraños, hasta llegar al final soñado de la tumba del Apóstol, si bien implicaba una elevada dosis de sacrificio personal, no resultaba entonces extraño, respecto a las formas de movilidad habituales de la época. Sin embargo, en la actualidad, ese reto adquiere una cierta dimensión revolucionaria. Frente al largo proceso de la modernidad en pos de la aceleración progresiva del transporte, el acto de decidirse a emprender el Camino de Santiago, implica una reivindicación de la lentitud, una ruptura que supone una muestra más de la crisis de la modernidad.



Fig 6: Peregrinos sobre la calzada romana



Fig 7 Hitos del Camino: fuente gótica y campanario

La tendencia de los viajes durante los dos últimos siglos, con la aparición del mecanicismo, fue la de primar la más pronta llegada al destino, acortando en la medida de lo posible el proceso de atravesamiento del espacio a recorrer. El hombre encapsulado en cualquier vehículo de alta velocidad puede abstraerse de las condiciones de ese espacio. Pues bien, la práctica del Camino de Santiago propone precisamente lo contrario, la importancia del lugar de llegada, aún revestida de una significación cultural de Santiago de Compostela, cede ante el protagonismo de la demora en el recorrido, ante el discurrir pausado y atento a los últimos detalles del paisaje que proporciona el caminar día tras día, desde el amanecer al ocaso, a lo largo de casi un mes para los que completan el Camino en España. El redescubrimiento de la riqueza que supone ese demorarse en el tiempo, y el contacto directo con la naturaleza; recorrer el paisaje con lluvia o con sol, medir la extensión del espacio con respecto a las limitaciones del cuerpo, nos introduce en una experiencia desconocida para el hombre moderno.

Otra característica propia de un camino para peregrinos y caminantes solitarios es la de que no necesita más que de una humilde senda, sin apenas modificación del espacio que atraviesa. En ese sentido, se diferencia de las grandes infraestructuras históricas, como las calzadas romanas, que exigían una importante transformación infraestructural para acomodar el paso de las legiones, e incluso de las primitivas carreteras, explanadas para facilitar, como su nombre indica el paso de carros y carretas. En esa casi imperceptible senda destaca solamente, por su materialidad, la construcción de los puentes, entendida hasta tiempos recientes como una obra con connotaciones religiosas. Se trataba de salvaguardar al caminante del peligro de muerte que le acechaba en el cruce de ríos caudalosos, un cometido común con ese concepto de hospitalidad antes mencionado. El importante papel de los puentes dio lugar a que a su vera surgieran diversas construcciones de todo tipo: económicas, molinos y cilleros de almacenamiento; religioso, capillas; o asistencial, hospitales; un germen que frecuentemente condujo a la aparición de nuevas ciudades, como ocurrió en el caso de Puente la Reina.

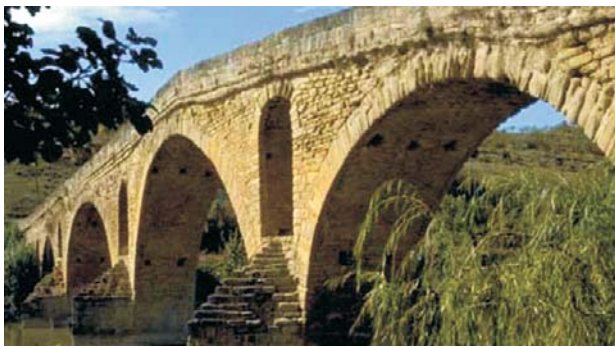
95% son urbanos. El mayor mercado urbano de América Latina, y uno de los más promisorios en el mundo, es al mismo tiempo una amenaza de impacto sobre el patrimonio de toda esta región litoral costera, pero también una gran oportunidad de demanda turística.

Las grandes concentraciones urbanas de la región desarrollaron un intenso turismo balneario, concentrado en localidades bien equipadas, y con una altísima estacionalidad veraniega. Esta demanda se concentró inicialmente en Montevideo y Mar del Plata, creciendo ésta última hasta constituirse en una ciudad de 600.000 habitantes, que recibe anualmente más de 2 millones de veraneantes.

Esta modalidad ha venido cambiando en los últimos decenios, extendiéndose a muchos tramos de todo el litoral costero, en el



Fig 8: Puente y Hospital de Trinidad de Arre
Fig 9: Puente de Puente la Reina, Foto Arturo Soria



Ni siquiera existían hitos monumentales de señalización, como ocurría con las piedras miliarias de las calzadas romanas, ya que la continua afluencia de caminantes hacía, y hace, que para evitar el extravío bastara con seguir las huellas. Como se señala en la tan manida cita de de A. Machado, aquí también es válido aquello de “caminante, no hay camino, se hace camino al andar”

Pero el caminar siguiendo las huellas nos vuelve a introducir sin darnos cuenta en el mundo virtual de los signos que señalábamos como propio del Camino de Santiago. En efecto la palabra signo proviene etimológicamente de la raíz indoeuropea sek, seguir, fluir, con el sufijo no. La misma etimología esta en la base del griego iknos, huella. Es decir, signo proviene del seguir las huellas, los “pasos” de quien nos ha precedido, de algo que ha “pasado”, pero ya no está. Es decir el signo nos indica el sentido del paso, que nos transporta a un significado que no se encuentra en la materialidad de la huella en sí. De esta forma el Camino nos muestra en grado sumo los conceptos relacionados que acabamos de enumerar: pasos y pasado, sentido y significado.

En efecto, el usuario del Camino no solamente sigue las huellas, de quienes le preceden en el espacio, sino que percibe que sus pasos se superponen sobre la continuidad de otros, a lo largo de un pasado más que milenario. Además, el Camino presenta la particularidad, respecto a otras rutas, de que no es indiferente el recorrerlo hacia delante o hacia atrás, sino que ofrece un sentido inequívoco, el que dirige a la ansiada meta de Santiago. Es decir, el Camino nos ofrece aportación de sentido en todas las ricas acepciones de la palabra. No solamente en la acepción direccional antes señalada, sino también en la de significado y en la conjunción de ambos. La direccionalidad este oeste del camino nos conduce hasta el finis terrae, ya que su prolongación concluye en el santuario del cabo sobre el Atlántico del mismo nombre Finisterre a pocos kilómetros de Santiago. De esta forma, el caminante experimenta cada día la sensación de avanzar hacia el ocaso, y el conjunto del Camino presenta el significado

de repetir el camino vital que conduce al ocaso definitivo. Con ello el caminante se ve embargado de la emoción de una experiencia especialmente sentida, en una última acepción sentimental de la palabra.

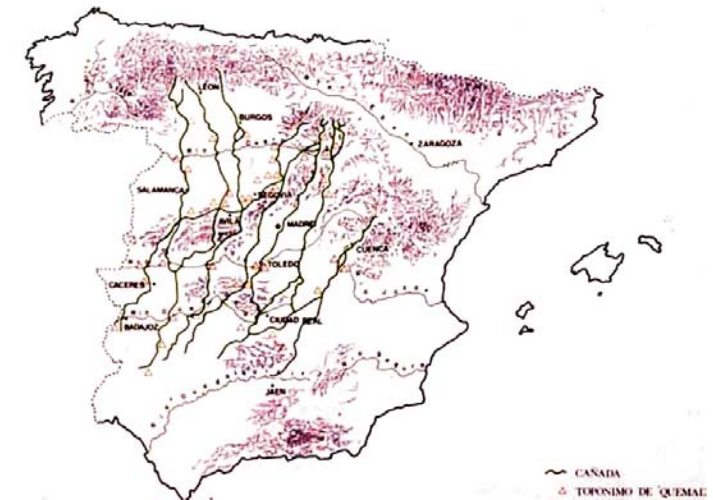


Fig 10: Trazados de las cañadas ganaderas

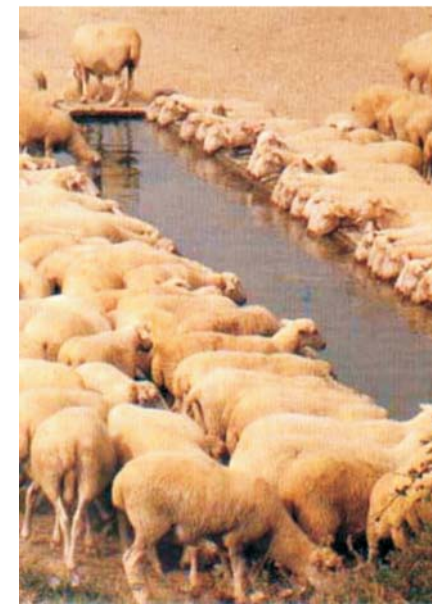


Fig 11: El ganado en el camino, Obanos

El concepto de sentido y direccionalidad, tomado en su dimensión geográfica, presenta también importantes consecuencias en el proceso de evolución histórica. Como decíamos, uno de los rasgos característicos del Camino es su sentido este oeste, a lo largo de los paralelos. Pues bien, este sentido es perpendicular al de los meridianos que sigue otro proceso fundamental en la historia peninsular, el de la reconquista, que perdura durante los ocho siglos del medievo en los que el camino de Santiago se conforma. El proceso de la reconquista se caracteriza por búsqueda prolongada de los incipientes reinos norteños, desde Aragón, Navarra, Castilla, Asturias, León y Galicia a expandirse a las tierras más fértiles y soleadas del sur, de forma que sus ganados pudieran moverse desde los pastos de verano en las montañas cantábricas a los invernales de las dehesas meridionales.

De esta forma, la expansión de los reinos y con ellos de las diversas lenguas que se van conformando en el proceso: galaico portugués, asturleonés, castellano vasco y catalán, se produce en el sentido de los meridianos a lo largo de ejes camineros que se transformarán en las cañadas reales de la trashumancia. La transversalidad del Camino respecto a la dirección de crecimiento de los reinos, da lugar a que actúe como cauce de integración entre la diversidad de las culturas regionales y de su conjunto con el resto de Europa. Resulta comprensible que en los puntos de cruce de los ejes de sentido norte Sur con el Camino se configuren los núcleos de capitalidad política y religiosa de los distintos reinos: Santiago en Galicia; Oviedo, León y Sahagún en León; Carrión y Burgos en Castilla, Nájera y Pamplona en Navarra y Jaca en Aragón, que conformarán las principales etapas del Camino de Santiago.

El carácter inmaterial del camino, que contrasta con la monumentalidad de los lugares que recorre, lo hemos asimilado en alguna ocasión a la humilde hebra de hilo que une las cuentas de un rico collar. Apparently, el valor procede de las joyas

que lo componen, pero si no existiera el hilo, no se trataría de un collar sino de un montón informe de objetos, o en nuestro caso de construcciones y paisajes dispersos. Esa pobreza material resulta de difícil entendimiento para los poderes institucionales, que en las acciones de rehabilitación tienden a hacer patente su intervención.

En las líneas precedentes hemos intentado encontrar un camino conductor que nos explicara las razones que subyacen en la capacidad del Camino de Santiago para incorporar una inmensa diversidad espacial de paisajes y otra no menor superposición temporal de culturas en un fenómeno único. En lo que sigue, vamos a tratar de las dificultades que dicha complejidad representa para lograr una descripción inteligible de la materialidad territorial del Camino como paisaje cultural. Con objeto de evitar la dispersión, vamos a limitarnos a lo que se considera el tronco principal del Camino en la Península Ibérica, desde el los puertos del Pirineo hasta su destino en Santiago.

A principios de los años 80, en el momento que comenzaba a despegar la frecuentación actual del Camino, me tocó en suerte, junto con el ingeniero de caminos Arturo Soria, el acometer por encargo del Estado español la investigación para cartografiar el trazado del Camino de Santiago en la Península Ibérica en sus diversas variantes para, a partir de ese conocimiento, plantear un instrumento de protección territorial que sirviera como instrumento marco para la actuación de los gobiernos regionales, surgidos en aquellos años de la descentralización autonómica que acompañó a la restauración democrática.

La investigación del ámbito espacial condujo a la profundización en la dimensión temporal del territorio, ya que el Camino adoptaba diversas variantes a lo largo del tiempo. Su configuración medieval en la época fundacional del Camino como itinerario europeo, a fines del siglo XI, venía condicionada por el precedente de las calzadas romanas que seguían un recorrido semejante, como el itinerario que unía Coruña, Astorga y Burdeos.

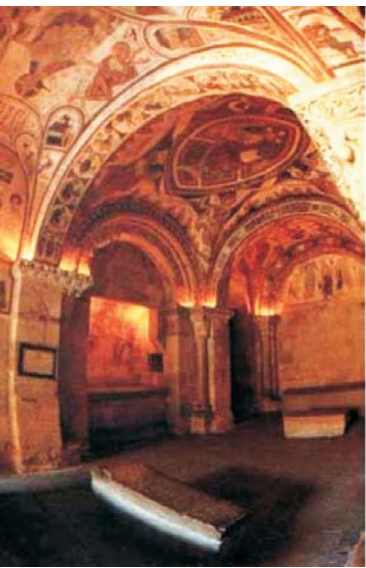


Fig 12: Los colores muestran la superposición histórica de cultura en el entorno de Santiago de Compostela. La ciudad aparece como foco de irradiación de antiguos caminos.

Pero, a su vez, los trazados romanos y medievales se encontraban jalonados por restos prehistóricos, lo que evidenciaba el reaprovechamiento de rutas milenarias. Procediendo en sentido contrario vemos como con el transcurrir del tiempo, el primitivo camino francés se convierte en cañada ganadera o en camino real por donde discurren las recuas de los arrieros en el transporte a lomos de mulas generalizado hasta mediados del XIX y después, ocasionalmente, es reaprovechado en las carreteras destinadas al tráfico de vehículos de motor.

Lo mismo ocurre por lo que respecta a los grandes movimientos culturales. Tradicionalmente se ha venido identificando el arte románico como consustancial con el Camino, considerando que fue precisamente a través del camino como se fraguó y difundió por Europa este estilo. Un ejemplo prototípico son las grandes basílicas de lo que ha dado en llamar tipo peregrinatorio entre las que se encuentra Jaca, en el origen y Santiago, en el final, del tramo hispánico.

Fig 13, 14, 15 Superposición de culturas a lo largo del Camino: el románico de San Isidoro de León, el gótico de la catedral de Burgos y el barroco de la torre de Santo Domingo de la Calzada.



Sin embargo, el Camino contiene también los monumentos más espectaculares del arte gótico, como las catedrales de León, Burgos, Pamplona y Oviedo, junto con el más modesto arte Mudéjar de raigambre islámica y, más tarde, sufre la poderosa transformación del arte barroco, como evidencia la propia fachada de la catedral compostelana. Finalmente, muchas localidades del camino aportan hoy brillantes ejemplos de arquitectura contemporánea.

Como resultado, se llega a la evidencia que un territorio como el del Camino constituye una inmensa construcción realizada a través de un periodo de varios milenios. Para describir ese proceso se ha acudido a las metáforas de la estratificación, al modo en que se superponen las épocas geológicas, o al del palimpsesto, esos valiosos pergaminos de la antigüedad en los que se reescribía una y otra vez sobre las raspaduras y tachaduras de escritos anteriores. Partiendo del símil de la estratificación, se planteó la representación de la dimensión temporal en la espacialidad del mapa por medio de colores que indicaran mayor o menor alejamiento. Una dimensión temporal que afecta no solo a las construcciones sino a las sucesivas lenguas que constituyen la base de los topónimos identificadores de los lugares.



Fig 16: El camino entre cierres de piedra en Galicia.



Fig 17: Polloza, antigua vivienda popular, el Cebrero.

Junto al tema de la temporalidad es preciso referirse a la diversidad de aspectos que configuran un paisaje cultural como el del Camino de Santiago. Téngase en cuenta que el caminar pausado permite un detenimiento en aspectos de detalle que carecerían de importancia para el turismo al uso, centrado en los grandes monumentos. De acuerdo con ese enfoque se contempló una amplia variedad de aspectos, que fueron objeto de trabajos específicos. En primer lugar, como soporte básico, se estudiaron las unidades paisajísticas, muy condicionadas por la base natural: las cordilleras montañosas que atraviesa el caminante, los grandes valles, los páramos, la extensa meseta castellana o el paisaje colinar gallego. Estrechamente relacionada con esa base natural se encuentra la construcción popular agraria, desde la conformación de los campos a la construcción de los cercados de fincas, de la casa o de los edificios auxiliares para el ganado y la labranza. Se trata de unas construcciones muy condicionadas por el material disponible en el lugar: diversos tipos de piedra, barro o madera.



Fig 18 y 19: Ejemplo de planificación urbana medieval: Puente la Reina y Santo domingo de la calzada de la Calzada.

Importante resulta, también, el estudio de la estructura urbana peculiar del Camino, como los núcleos lineales que surgen espontáneamente a lo largo del itinerario, o su reelaboración en la forma de retículas planificadas direccionales que prelude lo que siglos más tarde se repetiría, a mucho mayor escala, en el continente americano. Todo un conjunto de rasgos que no tienen carácter aislado sino que se encuentran interrelacionados en ese todo armónico que entendemos por paisaje cultural. Como conclusión, queda describir someramente algunos aspectos de la relevancia actual del fenómeno. Aunque el renacimiento del Camino ha sido un hecho espontáneo, muy vinculado al despertar de la conciencia ecológica que ha dado lugar al fomento de las vías verdes en todo el mundo desarrollado, en este caso se produjo también la participación de los poderes públicos, para los que el Camino aparecía como un símbolo de la conexión europea, que por entonces se trataba de promover.



De esta forma, se sucedieron los planes de protección, la restauración de los monumentos, o la puesta en marcha de albergues para la hospitalidad gratuita. Además, por razones obvias, también las instituciones religiosas se consideraban implicadas en el renacer de las peregrinaciones. A todo ello hay que sumar el surgimiento de múltiples asociaciones no institucionales de fomento del Camino.

Sin embargo, ninguna de esas razones por sí solas pueden explicar un éxito que no encuentra parangón, así el año último se certificó en la catedral de Santiago la realización de la peregrinación de 94.000 personas, por lo cual si añadimos los caminantes no interesados en tal documento, los que discurren por ramales secundarios o los que realizan tramos parciales, el fenómeno alcanza, tal vez, a varios centenares de miles. El entender los motivos que han lanzado a un público tan numeroso a la aventura del Camino, constituye un reto apasionante al que hemos intentado responder con las líneas precedentes. José Ramón Menéndez de Luarca es arquitecto urbanista, especializado en historia del territorio.

Nota: El autor de las fotografías, salvo mención en contrario, es Jaime Gual Carbonell

El material de este artículo encuentra un tratamiento detallado en los libros: SORIA A., El Camino a Santiago, Ministerio de Obras Públicas y Transporte, Madrid 1992 MENÉNDEZ DE LUARCA JR., La construcción del territorio. Mapa histórico del Noroeste de la Península Ibérica. Ministerio de Medio Ambiente, Madrid 2000